

LOS DOMINGOS DE LA GACETA UNIVERSAL.

13 DE OCTUBRE DE 1878.—NÚM. 15.

Teatro de la Comedia.

CONTRA VIENTO Y MARCA, comedia en tres actos y en verso, original de D. Miguel Echegaray.

La mujer que falta á los deberes de esposa, no lo hace nunca arrastrada por la pasión y por las circunstancias, sino porque quiere faltar.

Hé ahí el problema moral que el señor D. Miguel Echegaray se propone resolver en su comedia *Contra viento y marea*, estrenada el miércoles último.

Por nuestra parte, comenzaremos dando al Sr. Echegaray la enhorabuena, más bien por el propósito que por la obra, puesto que en ésta no se consigue aquél, toda vez que el problema queda planteado, pero no resuelto, en la mencionada comedia; pero más honra dá el acometer una grande empresa, siquiera en cila no se salga del todo triunfante, que vencer por completo en asunto vulgar y baladí.

El asunto elegido por el Sr. Echegaray para su comedia es de aquellos que, á juicio nuestro, no pueden resolverse en la escena, y por tanto, no deben llevarse al teatro ni aun por los autores de más talento, pues así y todo, corren siempre el riesgo de un fracaso, á menos que el autor de la obra, para salvar ciertos escollos, prescindiera por completo de la verosimilitud y de la lógica, que es precisamente lo que se ha visto precisado á hacer el autor de *Contra viento y marea*, apesar de su ingenio privilegiado y de su gran conocimiento de la escena.

Hagamos un ligero extracto de la obra á que nos referimos, para que nuestros lectores puedan por sí mismos juzgar de ella y de nuestras apreciaciones.

Lucía, mujer encantadora, que profesa los más sanos principios de moral y de honradez, está casada con Enrique, hombre ligero y casquivano, más bien simple que discreto, y por añadidura galanteador acérrimo y contumaz de bailarinas y suripantás. Lucía, ántes de casarse, habia conocido á Rafael, afortunado mortal de quien todas las mujeres se enamoran y por quien todo el mundo siente inclinación y afecto, porque el tal Rafaelito es una de esas personas que, como suele decirse, tienen don de gentes. Desde el principio de la obra déjase traslucir en Lucía cierta inclinación hacia Rafael, por más que ella procura hacer vanos alardes de lo contrario. Es de advertir que Rafael y Enrique son amigos desde la infancia, que Rafael estaba agregado á la embajada inglesa, y que su amigo Enrique, esposo de Lucía, le hace venir desde Londres á Madrid sólo por tener el placer de hospedarle en su propia casa.

Que el marido que tal hace es tonto de caprote, no necesita demostración. Pero sabido es que los tontos son muy necesarios en el mundo, entre otras cosas, para hacer los papeles de marido... en las comedias, porque en la vida real suelen trocarse á veces los papeles. Continuemos.

Lucía tiene una hermana menor, linda muchacha, inocentona y sencillota, que está—cómo no estarlo?—enamoradoisima de Rafael.

Otro de los personajes de la obra es una vecinita charlatana, murmuradora, y viuda por más señas, que entra y sale cuando le acomoda, sin por qué ni para qué, puesto que maldita la falta que hace, toda vez que no influye ni toma la más leve parte en el desarrollo de la acción dramática: por lo que, dicho sea de paso, apesar del donaire y el gracejo con que está escrito el papel de la viudita, pudiera suprimirse por completo en la representación, sin que ésta se resentiese en lo más mínimo.

Una criada pizpireta y un criado gallego, ambos también devotos de Rafael, completan los personajes de la obra.

Las primeras escenas de la comedia son una especie de pugilato de elogios dedicados á Rafael, que ha de llegar de un momento á otro á Madrid; quien elogia su talento, quien su hermosura, quien su amabilidad, etc., etc. Enrique sale con un número de *La Instrucción Española* en la mano, y lee y hace leer á todo el mundo unos preciosos versos firmados por Rafael y dedicados á unos ojos azules, el color de los de Lucía; la hermana de ésta llega después con unos papeles de música, solfeando unos valses, publicados en un periódico de modas, y cuyo autor es... Por si no lo adivinas, lector, te diré que también el autor de los valses es Rafael. Por últi-

mo, una vez agotada toda clase de elogios, llega por fin el afortunado Rafaelito, le reciben todos con grandes muestras de cariñoso entusiasmo, menos Lucía, que es la única que disimula; el recién llegado saluda á todos, abrazando á unos y palmoteando á otros, y al acercarse á Lucía, el saludo que le dirige es una declaración en toda regla, porque, eso sí, el mocito no es corto de genio ni tiene pelos en la lengua; así es que en vez de decir á la mujer de su amigo, en cuya casa va á hospedarse, *buenos días ó buenas tardes*, le saluda diciendo que está muerto por ella, que sólo por ella ha venido, porque sin ella no puede vivir... Después da media vuelta y continúa diciendo cuchifletas á los otros, como si tal cosa hubiera pasado, Lucía hace cuanto puede, y puede mucho, por disimular el efecto que semejante disparo á quemarropa le ha causado... Y se acaba el acto primero.

Ahora bien, Sr. D. Miguel Echegaray, vamos por partes, pero vamos á cuentas. Usted tiene sobrado talento para ofenderse porque yo, es decir, un cualquiera, se permita censurar su obra, y seguro estoy de que habrá de perdonar la osadía de este modesto revisero, que admira al genio, pero no le adula.

Si usted, Sr. Echegaray, al terminar el primer acto de su comedia no hubiese olvidado por completo las leyes de la lógica, ó prescindiendo de ellas á sabiendas, lo cual no tiene disculpa cuando se posee el ingenio de usted, seguramente no hubiera proseguido en su obra; porque, una de dos cosas: ó la honrada y digna Lucía no está digna ni tan honrada como usted nos la pinta, ó sí lo es; si no lo es, no hay comedia, porque las circunstancias que dejamos apuntadas le llevarian hácia todo lo contrario de lo que usted se propone; si lo es, tampoco hay comedia, dadas las susodichas circunstancias, porque desde el momento mismo en que Lucía ha oído la declaración amorosa del amigo de su esposo, no puede ni debe consentir que aquel hombre se instale en su casa, nada menos que como huésped, y aunque por temor al escándalo á nadie diga lo ocurrido, buscará medios para evitar que Rafael duerma siquiera una noche bajo el mismo techo que á ella cobija.

Quedamos, pues, en que al finalizar el primer acto ha debido usted dar otro giro al asunto, ó no continuar la obra, pues de seguirla, por el camino emprendido habia de resultar, como ha resultado, falsa é inverosímil en todas sus partes.

Nos habíamos propuesto hacer un examen detenido de cada uno de los actos; pero el espacio de que podemos disponer en las columnas de este periódico es limitado, y nos lo impide; por cuya razón abreviaremos todo lo posible.

La escena culminante del acto segundo, como si dijéramos, la cuestión batallona de la obra, esa escena que ha provocado consultas y discusiones, es una en que el autor, valiéndose de recursos más ó menos justificados, y que en obsequio á la brevedad no examinamos, aunque algo y áun algo pudiéramos censurar en ellos, coloca á los protagonistas de la obra, ó sean Lucía y Rafael, encerrados bajo llave en un gabinete distante del resto de la casa. Cuando Lucía se da cuenta de la gravedad del caso, increpa, por cierto no muy duramente, á Rafael, el cual se defiende y protesta de no tener arte ni parte en lo de la encerrona, como así es la verdad, puesto que ésta la efectúa un criado por orden de Enrique, el marido de Lucía, quien por ganar cierta intempestiva apuesta que hizo con Rafael momentos ántes, da orden al criado de que le encierre, con llave en su cuarto, sin sospechar, que una casualidad llevase á aquellas habitaciones á su esposa, quedando, sin saberlo, encerrados ella y Rafael en aquel departamento de la casa.

Cualquier mujer honrada que en semejante trance se encontrase, vocería, puesto que tiene una gran ventana abierta, desde la cual habla despues Rafael con el criado, quien le da la llave mediante cierta cantidad que aquél le ofrece; pero la honrada Lucía se contenta con tirar de la campanilla una ó dos veces, y al ver que nadie acade, se conforma hasta cierto punto con su situación.

Acaso se nos arguya que si aquella mujer no grita, es por evitar el escándalo que

resultaria si las gentes se enterasen de que estaba encerrada con un hombre que no era su esposo; pero á eso diremos que mayor escándalo fuera que el esposo ó los criados llegasen, viesan que estaban solos, bajo llave y en silencio, y el silencio en tales casos es muy sospechoso, por aquello del que calla otorga.

Indudablemente aquella mujer debia gritar y alborotar la casa, en cuyo caso el criado, que estaba muy cerca, como lo prueba lo que de la llave dejamos dicho, hubiera acudido presuroso al oír la voz de su señora, y averiguada, como no podia ménos, su inocencia, nada malo hubiera sucedido.

Pero ya se ve, de suceder así las cosas, irian éstas, es verdad, por el camino de lo verosímil, pero en cambio no habria acto segundo. El autor necesitaba que Lucía no gritase, y Lucía no gritó, porque era preciso que escuchase las ternezas de Rafael, quien, dicho sea sin ofender á la honrada clase de los Tenorios modernos, es un calavera un poco paguato, que tiene más de *gomo* que de hombre de mundo, y le sucede, permitásemle la comparación, lo que á los perros que ladran mucho, que rara vez muerden. En fin, lo que será el hombrecito, que hasta se deja dar el opio, y es claro, se duerme como un bendito. Lucía se aprovecha de aquel oportuno sueño, toma la llave de la puerta, sale de la habitación... y hé allí demostrado que la mujer que se rinde es porque quiere rendirse.

Por último, en el acto tercero vuelve Rafael—que aún sigue viviendo en casa de Lucía—á enamorar á la mujer de su amigo; y en ocasión en que Rafael cae de rodillas á los pies de la honrada esposa, suplicándole nuevamente que corresponda á su cariño, llega el marido y los pilla *infraganti*; pero la virtuosa Lucía no se descomponía ni se inmuta, se echa á reír, y dice á su esposo que Rafael está enamoradoisimo de Ana (la hermana de Lucía), y en aquel instante pide de rodillas que se la conceda por esposa.

A Rafael le sorprende esta salida de su amada (?); pero no protesta; ántes al contrario, se conforma con hacer feliz á la muchacha, quien no deseaba otra cosa; y por si una sorpresa no fuese bastante, le dan otra, cual es la de enviarle, por influencia de Enrique y á instigación de Lucía, nada ménos que á Chile... Y se acaba la comedia.

Como se ve, Lucía, caso de haber vencido algo, habrá vencido su natural inclinación hacia Rafael, pero nada más. Verdad es que el vencerse á sí mismo es, según dicen, el más difícil de todos los vencimientos; pero no siendo eso lo que en la comedia esencialmente se trata de demostrar, queda probado que el autor no ha resuelto el problema que se propuso resolver.

Los caracteres son casi todos falsos, y algunos vulgares, como, por ejemplo, el de Rafael; y citamos éste por ser uno de los principales personajes.

Pero todos estos defectos, aunque son muchos y grandes, están compensados por una versificación fácil y correcta, y sobre todo por el diálogo natural, espontáneo, chispeante y lleno de gracia con que está escrita toda la obra, y que no decae un momento, ni deja apénas tiempo al público para fijarse en los defectos de la comedia, que con ser tantos y tan grandes, repetimos, todos se le perdonan al discretísimo autor, en gracia de las infinitas que constantemente bretan de su pluma, manantial inagotable de donaires y chistes de buena ley.

Si al autor le parece que hemos ido demasiado léjos en la exposicion de defectos, no nos culpe á nosotros, sino culpese á sí propio, pues á quien mucho vale mucho se le ha de pedir; por eso, sepálo el señor don Miguel Echegaray, jamás pediremos poco á su lucidísimo ingenio.

La interpretación de la obra, esmeradísima por parte de todos los actores, distinguiéndose especialmente las señoras Tabau y Valverde y el Sr. Mario, que hace cuanto puede por salir adelante con el papel joco-serio, ó más bien indefinido, que le está encomendado.

WERTER.

El hogar.

El templo de la familia es el hogar. Nido de paz y tranquilos afectos, en él se desarrollan lenta y sólidamente los principios fundamentales de la sociedad.

En él la hija aprende á ser buena esposa, la esposa á ser madre, y el niño á trasformar sus impresiones infantiles en creencias de hombre.

Débil crisálida, el sér humano adquiere en el secreto del retiro doméstico brillantes alas de mariposa, para recorrer los floridos verjeles del mundo.

En el hogar nace y muere la criatura. En él se mira la primera y la última luz. En él se aprende á sentir y á rezar en los brazos de una madre amorosa, á convertirse en honrado ciudadano ante el ejemplo y cariñosas reprensiones de un padre venerable.

En el hogar recibe fortaleza la niñez, consejo la juventud, descanso la virilidad, y consuelo la vejez.

El olvido del hogar es un crimen moral, es el primer extravío de un alma insensata, es el momento de desasirse de unos brazos que dulcemente retienen cerca del bien, es la circunstancia necesaria para lanzarse al mal.

Cuando la tormenta ruge desencadenada, la humanidad se refugia en el hogar, y en ella eleva su plegaria al cielo.

Terribles convulsiones agitan los pueblos, desaparecen las nacionalidades, y sin embargo, en medio del mar proceloso de las grandes catástrofes, se ve flotar irrequila y serena el arca santa de la familia, depositaria fiel de la historia y las tradiciones de una sociedad entera.

Por eso, los enemigos de la sociedad son los mayores enemigos de la familia.

En el hogar se conservan, cual depósito venerando, en el transcurso de los tiempos y las ideas, las circunstancias, las puerilidades, las grandezas que forman el sello característico de cada país.

Los que odian á sus semejantes y odian á su nación, han tratado de complacer todos sus miserables instintos, acercándose con infame sigilo á la puerta del hogar para consumir de un solo golpe su criminal propósito, hiriendo de muerte al propio tiempo la familia y la patria.

Disfundiir en el seno de la vida doméstica malvadas teorías, es el mayor de los crímenes, como en el órden moral pueden cometerse; es envenenar la raíz de la planta, produciendo un mal ilimitado que alcanza á toda la sociedad.

No son pocos los trabajos hechos para destruir el hogar; pero todos ineficaces, estériles, impotentes.

Le defiende el Angel de la Guarda, cobijándole con sus alas immaculadas.

Las predicaciones furibundas del exaltado comunista, el ruido estridente de la piqueta revolucionaria, las llamas del petróleo, no han conseguido invadir el santuario doméstico en momentos de conflagración horrible, retrocediendo, no ante la mortífera perspectiva de los cañones Krupp ó la pobre defensa de unos cuantos seres débiles, sino ante un grupo modestísimo, bello, seductor; ante una madre que, rodeada de sus tiernos hijos, con la sonrisa en los labios y la fe en su corazón, les enseña á combatir, en el tierno lenguaje del sentimiento, la guerra con la paz, el puñal con el ramo de olivo, la blasfemia con la plegaria, el robo con la limosna, el ultraje con la caridad, el crimen con la virtud, los apetitos desenfrenados con la tranquilidad de la conciencia, el club con el hogar, la ruina y la disolucion social con la familia.

JOSÉ SOTILLO.

El gran día!

MADRID y Octubre de 2878.

¡Se acabó el dinero!
Los que anatematizaban al vil metal y al infame billete de Banco, han triunfado en toda la línea.

El periódico oficial, cuya suscripción se pagará desde ahora en especie, ha publicado el anhelado decreto:

Los que creían que el progreso era una ley perpetua, se equivocaban de medio á medio. El progreso es una serpiente que se muerde la cola. La humanidad buscaba la cola del reptil, y ha tropezado con esta solución de continuidad.

Desde entonces se ha quedado arrimada á la cola.

El propietario recibe, según el nuevo sistema, en pago del alquiler del cuarto principal, cincuenta frascos de agua sanitaria; el inquilino de la tienda le da leña; el del entresuelo le hace la barba, y el del segundo le paga con dos veinticinco cebulas de la Santa Cruzada.

Con estos artículos en un carretón, emprende el feliz propietario todos los días un largo viaje en busca de provisiones, y alguna vez se vuelve sin ellas. Donde pide pan en cambio de un bote de agua dental, solamente le ofrecen un bonito palillero. Nadie quiere bulas, sino un religioso carpintero que promete por dos de ellas un formón.

En cambio de estos inconvenientes, la sociedad se ha librado de cataclismos terribles. Ya...

Entre el honor y el dinero, lo primero es lo primero.

No sucede lo mismo entre el honor y una libra de higos; pero el vil metal no sirve para comprar honras.

Los banqueros no suspenden ya los pagos. Las letras de cambio existen en otra forma:

«Por esta primera de cambio se servirá usted dar á D. Esteban Calvo una libra de carne pasada, tres docenas de alcachofas y unas tenacillas de rizar el pelo, efectos recibidos en ésta, etc., etc.»

Los hombres que no se dejaban ahorcar por un duro, se tirarán de las barbas por un manojo de espárragos.

Pero en cambio la humanidad estará mejor relacionada. A fuerza de hacer transacciones, todos llegarán á conocerse en sus aficiones artísticas y gastronómicas. Todo el mundo sabrá que determinado individuo es aficionado á los pimientos riojanos, que Fulano saborea con delicia el aguardiente de Chinchón, y que Mengano no tiene camisa que ponerse.

Entonces, adios vida privada. El dinero, medio económico según algunos, es sólo un auxiliar poderoso de lo clandestino. El que tenía muchas monedas se proporcionaba todo lo necesario y lo superfluo, sin esfuerzo alguno. Satisfacía sus vicios y sus caprichos, sin que el público se enterase y se entendía en muy pocas palabras con el vendedor.

Desde hoy, obligado á buscar los artículos que ha de dar en cambio de lo que desea, sabrá el valor grandísimo que tiene lo superfluo, y cuán costosa es la inmoralidad.

Con el dinero ha desaparecido una numerosa turba de infamias.

Ya no se falsifica la moneda.

Ni hay quiebras.

Ni hombres millonarios.

Nadie ya cambia la peseta.

Y han desaparecido los perros.

En diez siglos hemos avanzado hasta el retroceso.

Estamos sin dinero, y somos felices.

Aquel metal acuñado pesaba tanto, que desde que no lo tenemos, nos hemos quitado un gran peso de encima y muchísimas pesadumbres.

Todos nos hemos hecho comerciantes de puerta de calle.

El positivismo ejerce su ilustrado imperio.

Y no hay tiempo para los goces del alma, cuando hay que ir de puerta en puerta buscando lo necesario para comer.

Ya no hay moneda, pero se han despertado en grado sumo las aficiones á la numismática.

¿Si pensarán los anticuarios derogar el decreto base de este artículo?

¡Bah! ¿Con qué medios cuentan? ¿Quien se subleva hoy por unos puñados de medallas?

El hombre más influyente es hoy el que tiene llena la despensa.

Cesaron, pues, los pronunciamientos de á dos pesetas.

¿Pero qué hombre será incorruptible ante una sarta de chorizos?

BOABDIL.

Libros nuevos.

La moral, defendida por la historia, la ciencia y la moral. Estudio crítico por D. E. Rodríguez Solís. — Tercera edición. — Madrid, 1878, imprenta de F. Cao.
Entre los libros que siempre serán nuevos, y que bajo este punto de vista pueden caber fácilmente en el exigente epígrafe

puesto á mis artículos, figura el titulado *La Mujer*, escrito por el Sr. Rodríguez Solís, y cuyo éxito excepcional explican las tres ediciones que en pocos meses se han agotado del mismo. Declaro con ingenuidad que el libro á que me refiero me causaba cierto temor antes de su lectura, y que ese mismo temor me ha asaltado al ponerme á consignar en breves párrafos la impresión producida por ella en mi ánimo. La amistad que á su autor profeso y el reconocimiento de sus excelentes prendas, podrán inclinarme á la parcialidad en favor suyo: la divergencia de sus opiniones y las más en el orden político y en el social, podrán inclinarme á la injusticia. Para cortar estos riesgos, prescindiré en absoluto de la personalidad del autor, y me fijaré exclusivamente en su obra.

Esta reclama, desde luego, un elogio incondicional por la laboriosidad que supone; por la impropia y minuciosa consulta que denuncia de todos los autores que han consagrado sus desvelos al estudio, ya fisiológico, ya religioso, ya moral, ya meramente crítico, de la mujer; por el cuidado puesto en la multiplicación y oportunidad de las citas, y por el sello de buen gusto que resplandece en toda la obra.

Abundante y amena, á la par que instructiva compilación de cuanto se ha dicho acerca de la compañera del hombre, la obra del Sr. Solís tendrá, cuando no otro mérito, el de haber sintetizado importantes doctrinas, el de haber extractado y traducido millares de volúmenes, el de haber presentado al frívolo lector, en cómoda forma y económico precio, el fruto de prolongadas investigaciones y de largas vigilias consagradas á enaltecer á la mujer; á ese poético sér, cuya influencia, antes desconocida, tanto contribuye al mejoramiento social, cuyos sacrificios por el hombre son tan dignos de consideración y respeto, y que, como dijo con desenfadada musa el ilustre Breton,

de niños nos amamanta,
de jóvenes nos adora...
y de viejos nos agnanta.

Pero el libro del Sr. Rodríguez Solís obedece á más alto pensamiento. Examina lo que la mujer ha sido en la historia, y traza el sombrío cuadro de los errores humanos; reseña la prostitución, y hace resaltar la única, la directa responsabilidad que corresponde en ella al hombre; discurre fisiológicamente sobre la condición de la mujer, y apoyado en respetables opiniones, disculpa como desgracias, independientes casi siempre de la voluntad, los errores y los extravíos de la mujer; resume las más importantes opiniones de los sabios, pero inclinándose siempre á cuanto le es favorable, ó, por lo ménos, constituye una disculpa en los extravíos femeniles; y al hablar del amor y del matrimonio, de las pasiones y de la sensibilidad, encuentra siempre un consejo sano ó un pensamiento profundo, ya propio, ya ajeno, para encaminar á la humanidad á la práctica del bien.

Al tratar de los derechos civiles y políticos de la mujer, el Sr. Solís comparte las opiniones de cuantos trabajan por equiparar á los que disfrutaban los hombres, ya que, como gráficamente dice el sabio monsieur Legouvé, «la mujer vive sujeta á leyes que no dicta, á impuestos que no vota y á una justicia que no administra, equiparándose á los niños, á los locos y á los bribones». No hace aún muchos meses que el Sr. Perier, distinguido escritor, presentó al Congreso de los diputados una exposición pidiendo voto electoral para la madre de familia que ejerza la patria potestad; proposición que, aunque desechada, demuestra que la opinión se agita en este sentido, y que la iniciativa ha partido de elementos muy conservadores. Los capítulos consagrados á la mujer obrera y á la instrucción superior de que es susceptible, y el extracto de las conferencias dominicales establecidas en Madrid, desarrollan en gran parte el pensamiento capital de la obra del Sr. Solís. Los índices de mujeres célebres, aunque muy faltos y erróneos en algunos datos, son curiosos y se leen con interés.

En una palabra, el libro *La Mujer*, al que la prensa política ha prestado determinado carácter, ocasionando con los irreflexivos encomios de los unos los anatemas más terribles de los otros, no merece seguramente los primeros ni los segundos, por no ser obra de propaganda política ni social, sino resumen científico y moral de doctrinas referentes exclusivamente á la más bella mitad del género humano, y datos arrancados á la historia, á la ciencia y á la moral, para conseguir el generoso fin que el Sr. Solís se propuso:
La defensa de la mujer.

LEGISLACION notarial y del papel sellado, por don Juan Serrano y Oteiza.

Tal es el título de la obra dada á la estampa por el ilustrado redactor de la *Gaceta de Registradores y notarios*, y que constituye un estudio de suma utilidad práctica, lo mismo para el jurisconsulto, el registrador, el notario, el actuario ó el secretario de juzgado, que para el comerciante ó el particular.

Contiene en su primera parte la ley vigente del notariado y el reglamento para su organización y régimen, la instrucción para la redacción de documentos, aranceles notariales, concordada toda esta parte legislativa con las leyes de reversion de los oficios de la Corona y archivos notariales, y comentada con las sentencias de los Consejos y Tribunales Supremos y disposiciones administrativas más recientes. En la segunda parte se contiene la legislación del papel sellado, en forma de diccionario, que es la más oportuna para la consulta y resolución de dudas, ilustrada y ampliada igualmente con las sentencias, decretos, órdenes y aclaraciones dictadas sobre el particular.

En la tercera parte, que constituye el apéndice á la obra, se contienen varias de las más importantes leyes de carácter general, como la modificación del Código de comercio, la redención de censos, etc.

El libro del Sr. Serrano revela un trabajo asiduo é inteligente, que indudablemente alcanzará su mayor premio en el aprecio público.

Antes de cerrar este artículo, y como compensación de alguna noticia bibliográfica tardía, adelantaré otra completamente nueva y del mayor interés para artistas, anticuarios y escritores: la próxima publicación de la obra *Indumentaria española* (documentos para su estudio), en que hace años viene trabajando el notable y laureado pintor D. Francisco Aznar. Es posible que en mi próxima revista pueda hablar ya de su primer cuaderno.

M. OSSORIO Y BERNARD.

De Madrid á Zaragoza.

11 DE OCTUBRE.

Son las doce del día; la campana de la Torre Nueva, que tiene el privilegio de resonar en el corazón de los aragoneses como el eco de sus heroísmos y sus glorias, ha dado la señal; las fiestas consagradas á la excelsa Patrona de este gran pueblo, comienzan en este instante. El repique general de todas las iglesias, los disparos que resuenan en los extremos de la población, los murmullos de la gente que en todas direcciones llena el Coso y las calles adyacentes, todo concurre á dar color y vida á la fantástica sinfonía con que inauguran los festejos dos ideas sublimes, la religión y la patria, impulsadas por otra idea más humilde, pero importante también, la del comercio.

Todo está preparado; el magnífico templo del Pilar parece un asua de oro; inmensa actividad reina en todos sus ámbitos; preparáanse los accesorios de la procesion de la Virgen, que son magníficos, los no ménos interesantes del Rosario que recorre las calles; por todas las que afluyen al templo, millares de personas de todas clases sexos y edades acuden al Santuario, donde enemigo de las incredulidades del siglo, forma la fe cristiana lazo fuerte de union entre todos los aragoneses. Lucen los balcones vistosas colgaduras, músicas de paisanos recorren los parajes públicos, acábanse á escape los arcos de follaje y los accesorios de la iluminación en las plazas de la Constitucion y del Pilar, improvisase un jardín florido en la de San Miguel, y los carpinteros afanados dan los últimos martillazos en los barracones de madera que á los lados del Coso van á servir de tiendas al comercio.

Los trenes, las diligencias, los carros llegan llenos de forasteros; varias familias distinguidas de Madrid, algunos personajes sueltos, no pocos catalanes, y numerosos hijos del Alto y Bajo Aragón, producen una crecida y animada población flotante, que ocupa las principales fondas, las casas de huéspedes, y comparte con buenos amigos las habitaciones particulares de la ciudad.

Encuentros, salutations, abrazos, cantares de las maritornes, que acaban aprisa sus faenas para salir á ver los gigantes y cabezudos, voces de los muchachos, animación, alegría... tal es el aspecto que ofrece Zaragoza.

Millares de personas esperan en la plaza de la Seo la salida de los gigantes y de los cabezudos. Se están aderezando en la casa de la Lonja, y los afortunados que pueden presenciar su tocado por los intersticios

de las puertas, transmiten á los demas sus impresiones.

Las puertas se abren, el tamboril y la gaita resuenan, un estremecimiento de placer se apodera de las masas, los figurones aparecen, la alegría raya en delirio.

Al mismo tiempo se llena el templo del Pilar; los fieles y los curiosos asisten á las Vísperas. La iluminación es grandiosa; el altar mayor, maravilloso.

Enmedio de tanta animación cierro mi carta, y voy á ver lo que sucede, para poder comunicar á los lectores cuanto oiga y vea digno de contarse.

JUAN DE MADRID.

La navaja.

Que es española, nadie puede negarlo; pero sin duda en uno de los frecuentes destierros á que se la condenó como arma prohibida, se fué á Inglaterra; tuvo ocasion de apreciar de cerca los milagrosos prodigios de la industria de aquel país, y volvió á España con marcado carácter inglés y más registros que el arca de un banquero, para correr por calles y plazuelas, no tan escondida como el orden y los de orden público quisieran, deseosa de encontrar un motivo para dar á conocer los méritos y virtudes de su reluciente hoja.

Este deseo le ha hecho sin duda fraternizar con el escándalo, y tanto es su cariño hácia él, y tanto gusta de producir con su presencia voces, sustos y desmayos, que sería imposible ver al escándalo y á la navaja divorciados.

En esas tempestades que, efecto de los vapores del vino, frecuentemente se desatan en las calles, produciendo criminales contiendas, hay como en las tempestades de la Naturaleza, relámpago, trueno y rayo. El relámpago es la bofetada; el trueno, las voces y el tumulto; el rayo que destruye, la navaja. El relámpago, el rayo y el trueno en las tempestades son simultáneos y parecen sucesivos. El relámpago, el trueno y el rayo de una riña son sucesivos, y sin embargo, parecen simultáneos. El odio y el valor han hecho, pues, mayor milagro que la Naturaleza. La venganza se ha burlado de la tempestad.

Pero gozosa de su triunfo, no puede olvidar que á conseguirle le ayudó muy poderosamente la navaja. Hay pruebas plenas de que es así. De esas batallas callejeras que por desgracia tan frecuentemente tienen lugar, y que llevan la consternación á todos los ánimos, ¿qué queda? Horror y espanto; lágrimas y duelo; tierra regada con sangre, y no lejos de ella una navaja sucia, ennegrecida, que inspira asco y temor al mismo tiempo, y nos obliga á maldecirla, como al autor incorregible de todos los crímenes que se cometen. Es verdad. Podría decirse que la navaja es el capítulo más interesante de la historia criminal de nuestro país. Orgullosa de su poder, ha querido verse retratada para que su recuerdo pase á la posteridad; pero no olvidando sus antecedentes, creyó que su retrato debía hacerse en las hojas de un proceso, y para ello ha invadido los autos criminales. Ningun almacén más surtido de navajas que un juzgado. Allí las hay de todas las clases y de todos los tamaños: unas blancas y relucientes, que se atreven á defender su inocencia; otras manchadas de sangre, denunciando el infame delito; otras en asquerosa barraganía con el moño que empieza á destruirlas.

Dumas decía: «Para descubrir un crimen, buscad á la mujer».

En España, los jueces, para descubrir á un asesino, empiezan buscando la navaja.

Prosáica y criminal la navaja, tiene, apesar de su mala fama, algunos títulos de gloria; pero el tiempo y la mala conducta de la navaja los han borrado. Podría decir con orgullo que estuvo en Zaragoza, dando vida á una lucha titánica de que Leonidas se hubiese asombrado, si no temiese que le contestasen que estuvo también en el último robo ocurrido, amenazando cobarde á quien no podía defenderse.

Esta es su mayor ignominia, porque la navaja ha nacido para pelear frente á frente. Es el último recurso de la defensa, la última lucha posible, el último baluarte del guerrillero español. Cuando falta la pólvora, la bayoneta; cuando la bayoneta se ha roto, la navaja; después de la navaja no hay arma que pueda emplearse. ¿Por qué? Porque en todas las luchas hay posibilidad de triunfo; en la lucha con la navaja sólo hay la seguridad de la muerte. El recuerdo de la navaja es siempre repugnante; nos la imaginamos amenazando al infeliz que descansa en el lecho, ajeno á toda idea de peligro, para favorecer el robo; no podemos oír el ruido que produce

al abrirse, semejante al ruido de una cerradura que se descorre, sin creer que muy pronto llegará á nuestro oído el ¡ay! moribundo de una víctima; la vemos aparecer en la calle deseosa de ventilar una cuestión cualquiera, y nos sentimos inclinados á gritar ¡socorro! Su enemistad para con el pueblo no puede ser más injusta, por más que aparente lo contrario.

Enemistad y odio tan pertinaces como su saña. La navaja tiene algo del diente del tigre que saborea á su presa.

MIGUEL MOYA.

Revista de modas.

SUMARIO.—La época de transición en la moda.—La iniciativa personal de cada señora.—Un traje copiado de un antiguo retrato de familia.—El vestido blanco en las reuniones de campo.—El vestido de amazona reemplazado por otro más elegante.—Noticias sobre las modas de Otoño.—Los chaqués diferentes de las faldas.—Las telas á la orden del día.—La composición de los nuevos trajes.—El casquin de labrador.—Los nuevos sombreros y sus adornos.

La época de transición en que nos hallamos hace que se note más que nunca la iniciativa personal de cada señora, tanto en la elección de las telas y de los adornos como en la forma de los vestidos; y de esto resulta una variedad imponderable. En los círculos de la elegancia suprema se nota mucho esto que decimos, la aspiración de la persona. Por supuesto, no nos referimos á París, sino á los palacios campestres habitados por las reinas de la moda. A veces un retrato de familia olvidado en un rincón desde hace muchos años, sirve de tipo para improvisar un traje. Verdaderamente hablando, este sistema no es nuevo, pues hay muchas modistas parisienses que apelean así á la historia, yendo á combinar sus creaciones en las galerías del Museo del Louvre.

Sea como quiera, se cita un modelo de traje copiado de un retrato antiguo y modificado de esta manera:

Falda de tejido estampado mastic y reseda claro, con todo el vuelo plegado á la cintura por detrás, en tanto que el delantero y los lados quedan planos. Una basquiña de la misma sirve de cuerpo; su corte es muy abierto sobre un chaleco, y sus bordes están cubiertos con una banda bastante ancha de estampado de seda del mismo tono con ramaje rosa sombreado; banda ribeteada de terciopelo reseda un poco amarillo. Una especie de ahuecado compuesto de terciopelo del mismo color completa el bajo de la espalda. El chaleco, de la misma tela estampada de la falda, está adornado enmedio del delantero con una banda de pekin terciopelo del mismo tono y todo plegado. Las mangas son de pekin, y rematan con una bocamonga de tela estampada, también guarnecida con bandas de flores rosadas. Gorguera de encaje y otros encajes en las bocamangas.

¿Puede imaginarse nada más gracioso y original que este traje, medio histórico y medio moderno?

Un vestido que se lleva mucho en las grandes reuniones del campo, es el vestido blanco, que ofrece la ventaja de ser bastante elegante por su naturaleza para dispensar del escote y aun de todo ornato. Hé aquí un modelo que recomendamos particularmente á nuestras lectoras:

Vestido princesa, de fular estampado blanco, de corte irreprochable; con draperías inclinadas hácia atrás. En el bajo una gruesa ruche rizada, de tafetan recortado. En lo alto del cuerpo un fichú de muselina de la India, bordeado con un volante de Malinas, plegado doble y dispuesto en torno del cuello como un simple cuello vuelto; las dos puntas, muy largas, se enredan juntas y forman como una especie de vaporosa chorrera enmedio del cuerpo. Se cierra al cuello este fichú con un ramillete de flores naturales.

La manga duquesa del vestido va guarnecida con volantes de encaje que llevan encima una drapería de muselina. Un simple lazo de cinta blanca en el cuello completa todo el prendido.

Para concluir con las modas de campo, diremos que las señoras que acompañan á los cazadores no se creen en la obligación de llevar el clásico traje de amazona, sino que se mandan hacer una falda medio larga, de paño de color ó de tela de fantasía oscura sembrada de dibujitos estampados, y toda la elegancia del traje consiste en la chaquetilla de caza, de corte largo, hecha de terciopelo rayado con un filete brillante de raso y gruesas rayas sombrías de terciopelo marrón, nutria, leonado, etc.

Dicho esto, daremos algunas noticias sobre las modas de Otoño, que comienzan á dejarse ver en los obradores de las modistas de fama.

La bonita moda de los chaqués diferen-

tes de la falda, inaugurada este Verano en las playas marítimas, va á continuar este Otoño, y probablemente durante el Invierno. Más que nunca las modistas parisienses copian los trajes de la elegante época de Luis XIV. Todos los modelos de la segunda mitad del pasado siglo sirven para el caso.

Se ven muchas telas estampadas, listadas y bordadas; el liso va á desaparecer enteramente para traje de vestir. La mezcla de varias telas, que se efectúa ya hace tiempo, será una moda casi exclusiva. Todas las telas estampadas, brocado, brocatel, terciopelo de Génova, raso sembrado de flores, lampas, pekin, se emplearán sobre fondos de faya, en los cuales se destacarán sus colores vivos ó suaves.

Habrán trajes compuestos de este modo: Falda larga de terciopelo pekin ó rayado, esto es, con rayados estrechos de seda y otros más anchos de terciopelo; draperías de faya, como cosa más ligera; cuerpo de brocado ó de pekin. Estos cuerpos son grandes casacas Luis XVI de un bonito tejido flexible, rayado de dos tonos con vueltas en los hombros y otras vueltas sobre las caderas, adornadas y cerradas con enormes botones de plumas blancas ó rosadas, montadas en acero y medio vueltas en encaje plegado. Este encaje, muy ligero, da dos veces la vuelta á la prenda, rodea el cuello, las solapas y las mangas medio largas.

El casquin de labrador ha hecho su aparición en un hazar filantrópico, llevado por la condesa de Paris, y es de creer que saldrá á relucir de cien maneras, de paño, de cachemir, de terciopelo labrado, de terciopelo de Génova, de raso, de moaré, de pekin, de brocado, cortado en las severas telas Luis XIII y en las graciosas telas Pompadour.

Concluycamos pasando revista á los sombreros. Según nuestras noticias, continuarán siendo muy grandes y muy pequeños. Al lado de los fieltros de alas anchas ó de las formas cubiertas de raso y de terciopelo con plumas rizadas, se verán boritas capotas negras con grueso ramillete de rosas, otras de terciopelo y otras de fieltro beige.

Unos de estos sombreros cubrirán el rodete, otros se adelantarán sobre la frente, descubriendo á cada lado los bandos ondeados ó planos, tendidos ó abullonados, fruncidos ó ribeteados de color; los sombreros-capota llevarán todos adorno de plumas de un color liso con el cabo tendido, cuando no lleven flores naturales.

JULIA.

Monsieur Dupanloup.

Triste impresión ha causado en el mundo católico la muerte del modesto, virtuoso y sabio monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, una de las ilustraciones de Francia.

Sus nombres de pila eran Félix, Antonio, Felipe; nació el año 1802 en Saint-Félix, pueblo de la Saboya. Estudió en París, y recibió las sagradas órdenes en 1825. Muy pronto se hizo un nombre distinguido en los terrenos á que lo llamaban sus grandes aptitudes: la enseñanza y la oratoria sagrada.

Fué modelo de católicos, pero nunca ultramontano. El año 49 subió á la silla episcopal de Orleans; fué preconizado en Pórtici y consagrado en París. En el gobierno de su diócesis desplegó una actividad extraordinaria. Hubo una ocasion en que el ilustre prelado se vió duramente atacado por el orador neocatólico de Francia *L'Univers*; monseñor Dupanloup no estableció conforme con la propaganda hecha por el abate Ganne contra el estudio de los conocimientos humanos. Agrandándose la cuestión, dirigió una pastoral haciendo ver los males que causaban las exageraciones de *L'Univers* á la Iglesia. Muchos obispos franceses imitaron su proceder.

Hacia el año 69, poco antes de empezar el Concilio vaticano, publicó otra carta pastoral manifestando que no aceptaba las opiniones de los ultramontanos sobre la infalibilidad pontificia. Tomó luego parte activa en los trabajos preparatorios del Concilio, y unido al decano de la rios del Concilio, y al facultad de teología de la Sorbona y al arzobispo de París, dirigió la minoría de aquella Asamblea, llegando á disputar la victoria en los debates.

En la guerra franco-prusiana, al ocupar los alemanes á Orleans, fué considerado como prisionero, dándole por cárcel el palacio obispal.

El departamento del Loire tuvo la honra de ser representado por él en la Asamblea nacional, en cuya derecha ocupó un lugar preeminente. Cuando ha muerto era senador; sus últimas campañas oratorias fueron en favor de la libertad de las universidades católicas.

Entre las notables obras y folletos que escribió durante su vida, merece citarse muy especialmente la refutación del libro de Renan *La Vida de Jesús*.

En España ha sido muy sentida la muerte del eminente prelado católico.